ÁNGEL GIL CHEZA

SURFERRÁNEA

Nadie lee la misma carta dos veces

SURFERRÁNEA

ÁNGEL GIL CHEZA

SURFERRÁNEA

Nadie lee la misma carta dos veces

edebé

© Ángel Gil Cheza, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

Primera edición, junio 2025

ISBN: 978-84-683-7394-2
Depósito legal: B. 344-2025
Impreso en España
Printed in Spain

PEFC Certificado

Este producto procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

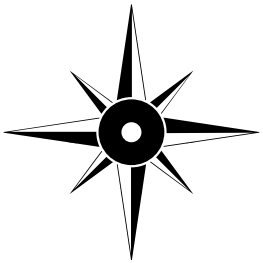
PEFC/14-38-00352 www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

A mis alumnos y alumnas,
porque lo que se escribe no existe
hasta que alguien lo lee.

A veces es necesario caerse del patín
para saber adónde vas.



CAPÍTULO 1

Jero observaba las nubes allí tumbado. Surcaban el cielo de Madrid a una velocidad constante. Se diría que todo fluía en calma mirando aquellos cúmulos gaseosos. Entonces la voz de Sara lo arrancó de aquellos pensamientos.

—¿Irás mañana a la fiesta de graduación de cuarto curso?

—No lo sé.

—Puedes ir, no te preocupes. Yo repetiré curso y el año que viene tendré mi propia fiesta.

Jero la miró compungido.

—Lo siento.

—No pasa nada, es solo un curso. El año que viene sacaré las mejores notas del instituto. Ya lo verás.

—No, siento lo que ha pasado. Lo de tu madre.

Una lágrima asomaba en la pupila de Sara, que sentada sobre su *skate* se abrazaba a sus propias rodillas.

—¿Sabes que todas las mañanas al despertar lo he olvidado? Es solo durante un segundo, un solo segundo, pero es el mejor puto segundo del día, cuando creo que aparecerá por la puerta con un beso. Al siguiente segundo ya recuerdo que no está.

Jero guardó silencio. No podía responder nada que estuviese a la altura de un momento así. Apretó los dientes con rabia. Sara era su amiga, y la quería un montón. La vida era injusta.

—¿Tienes ganas de ver a Irta? —preguntó ella intentando cambiar de tema antes de ponerse a llorar—. ¿Cuándo te vas a la playa?

—La semana que viene. Tengo ganas ya, en Navidades estuve un par de días pero no pude surfear.

—Hablas de surfear como si vivieras en California. Yo no lo he hecho nunca.

—Ya, no hay buenas olas en Madrid.

—Gilipollas —musitó ella con cariño.

Y Jero la abrazó.

❁❁❁

Andrea, la madre de Jero, estaba tumbada en el sofá del salón con los pies descalzos subrayando con un lápiz un manual que estaba leyendo. Jero apareció por allí con las manos en los bolsillos, distraído, pero como si

fuese un perro que espera un hueso. Su madre alzó la cabeza, lo observó un segundo, y dijo en tono cansino arrastrando las palabras:

—¿Qué te paaasa?

—Te quiero pedir una cosa.

—Me dijiste que no querías comprarte ropa para la graduación, que irías en vaqueros y zapatillas. ¿Has cambiado de idea?

—No, no es eso, iré con la ropa de siempre. Paso de disfrazarme.

—¿Entonces?

—Quiero que hables con el padre de Sara.

❁❁❁

Mientras tanto, a cuatrocientos diecinueve kilómetros de allí, Irene y Darío estaban en la terraza delantera de la casa de la *iaia* Carme. Él sostenía en las manos una máquina de rapar el pelo.

—Vamos —dijo ella—, sigue lo que ya está más corto, no te pases de la línea.

Irene no había cambiado apenas su estilo. Todavía llevaba parte de la cabeza rapada, y el resto era una melena bastante larga con mechas descoloridas por el sol.

—¿Por qué te rapas el lado derecho?

—Para ver la ola cuando estoy en la tabla. Soy *goofy,* ya lo sabes, pongo delante el pie derecho.

—Eso es una gilipollez.

—Rapa y calla, guaperillas.

—¿Guaperillas?

Darío empezó a deslizar la máquina por detrás de la oreja de Irene. El pelo comenzó a caer a su paso.

—¿Cuándo viene Jero?

—La semana próxima, creo. Tiene la fiesta de graduación mañana.

—Como nosotros...

—*Sip*.

—¿Qué te vas a poner?

Irene rio.

—Voy a ir en *skate*, imagínate.

Ambos rieron.

De repente se encendió la pantalla del móvil de Darío. Era un mensaje. Dejó la máquina de rapar sobre la mesa y miró su teléfono.

—Joder... —dijo.

—¿Qué pasa?

—Es de mi padre. Ha pasado algo, tengo que llamarlo por teléfono.

Irene no dijo nada. Esperó allí con la cabeza a medio rapar mientras Darío llamaba y hablaba con su padre. Al poco, él colgó y volvió junto a ella.

—¿Qué pasa?

—Ha muerto mi tía Tomasa.

—¿Quién?

—La hermana de mi abuela.

—Lo siento.

—No, no, fue hace semanas... No se trata de eso...

—¿Qué quieres decir?

—Mi tía murió hace semanas, pero hoy ha llegado una carta de ella para mí.

Ambos se miraron en silencio durante una eternidad.

❁❁❁

Un día después el sol caía a plomo sobre Madrid.

—Hola, Sara —dijo Jero al llegar al *skatepark*.

—Hola. Tu madre ha hablado con mi padre.

Jero levantó la vista para ver el rostro de Sara.

—Eres tonto, tío, eres tonto... pero eres el tonto más bueno que conozco. Gracias —dijo. Y lo abrazó lo más fuerte que pudo.

—Entonces, ¿vienes? —preguntó él.

—Solo una semana. Y mi padre ha aceptado a regañadientes. Pero piensa que me sentará bien. De todos modos, a mí tampoco me resulta fácil dejarlo solo. Aunque creo que también lo necesita.

—Bien, te va a gustar aquello.

—Ya estuve una vez, ¿recuerdas?

Jero sonrió avergonzado...

—Sí. Esta vez será distinto.

—Sí...

Jero la miró, y vio un nubarrón de tristeza en su cara.

—Todo irá bien. Tu padre estará bien. A tu madre le hubiese gustado que vinieras conmigo. Es hora de volver a ser feliz.

—¿Recuerdas el primer verano que te fuiste? Quedamos en mirar la puesta de sol cada tarde y pensar en el otro...

—Sí —dijo Jero sonriendo—, me acuerdo...

—¿Lo hiciste?

—Claro —mintió Jero—, ¿y tú?

—Claro —mintió Sara también.